

PAUL VEYNE

Palmira

EL TESORO IRREEMPLAZABLE

«Hoy todos lloramos, y no hay un canto fúnebre más justo y más noble que este que Paul Veyne consagra a Palmira.»

Mathias Enard



Ariel

Paul Veyne

PALMIRA

El tesoro irremplazable

Traducción de Carme Castells

Ariel

1.ª edición: octubre de 2016

Título original: *Palmyre. L'irremplaçable trésor*

Publicado originalmente por Albin Michel, París

© Éditions Albin Michel, 2015

© 2016, de la traducción: Carme Castells

Derechos exclusivos de edición en español para todo el mundo
y propiedad de la traducción:

© Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-2445-6
Depósito legal: B. 15.550-2016

Impreso en España por Liberdúplex
El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

Introducción	9
<i>Capítulo 1:</i> La riqueza en el desierto	11
<i>Capítulo 2:</i> Una antigua ciudad monumental	15
<i>Capítulo 3:</i> Ser capitalista en aquella época	29
<i>Capítulo 4:</i> La antigüedad en la Antigüedad	41
<i>Capítulo 5:</i> Palmira, súbdita de los césares	45
<i>Capítulo 6:</i> Una tribu siria y una ciudad helenizada	49
<i>Capítulo 7:</i> Salvar el Imperio	53
<i>Capítulo 8:</i> La epopeya palmirena	59
<i>Capítulo 9:</i> Una identidad híbrida	75
<i>Capítulo 10:</i> Cenar con los dioses	87
<i>Capítulo 11:</i> La religión de los palmirenos	91
<i>Capítulo 12:</i> Los retratos palmirenos	103
Conclusión	109

Capítulo 1

LA RIQUEZA EN EL DESIERTO

Víctima de la barbarie terrorista, el sitio arqueológico grecorromano de Palmira es quizá el más suntuoso que haya sido excavado por los arqueólogos junto con Pompeya, cerca de Nápoles y, en la costa turca, las inmensas ruinas de Éfeso. Hacia el año 200 de nuestra era, la ciudad pertenecía al vasto Imperio romano, que se extendía desde Andalucía hasta el Éufrates y de Marruecos a Siria. Cuando llegaba a esta república comercial un extranjero de paso, negociante griego o italiano montado a caballo; egipcio, judío, magistrado enviado por Roma, publicano o soldado romano —en resumen, ciudadano o súbdito del Imperio—, el recién llegado percibía a simple vista que había cambiado de mundo. En las calles se hablaba un lenguaje desconocido para el visitante —que era una gran lengua civilizatoria, el arameo—, y en todas partes se veían inscripciones en una escritura misteriosa.

Todo interlocutor rico se desenvolvía en griego, que era el inglés de la época, aunque su nombre tenía

consonantes guturales que resultaba difícil captar y pronunciar. Muchos transeúntes no vestían como los demás habitantes del Imperio romano; sus indumentarias no estaban drapeadas, sino cosidas como nuestras ropas modernas, y los hombres llevaban pantalones largos: trajes de caza y de guerra que se parecían mucho a los del enemigo hereditario de Roma, Persia, ya que Roma y Persia, escribió un autor de la época, «se habían repartido el mundo» a ambos lados del río Éufrates. Estos nobles caballeros, señores de la importación-exportación, ceñían un puñal, desafiando la prohibición de que los ciudadanos llevaran armas. Las mujeres llevaban una túnica hasta los pies y una capa que solo ocultaba sus cabellos, con la frente rodeada por un frontal bordado, rematado con un turbante enrollado. Otras, sin embargo, lucían amplios pantalones abombados. Su rostro no estaba velado (como sucedía en algunas regiones del mundo helénico). ¡Y cuántas joyas! Algunas llevaban incluso una sortija en la segunda falange del meñique. Se estaba bien en pleno desierto; todo olía a riqueza; había estatuas en todas partes, pero de bronce, no de mármol; en el gran templo, las columnas tenían un capitel de bronce dorado.

Hacia el sur, hacia el oeste hasta el horizonte, el desierto estaba, hasta hace algunos meses, lleno de multitud de monumentos ostentosos, templos funerarios, hipogeos o torres rectangulares de varios pisos (cuaderno central, il. 2 y 3). Eran los mausoleos en los que las grandes familias, que controlaban una parte de los intercambios del Imperio romano con Persia, India y China, inhumaban a sus difuntos (mientras que la costumbre grecorromana prefería la incineración).

Hacia el norte, fuera de la ciudad, el visitante podía divisar unos animales curiosos: alrededor de extensos almacenes se estacionaban las caravanas de camellos; se sentía que el nomadismo no estaba lejos. Cuando se volvía la mirada hacia la ciudad y el palmeral, con sus olivos y sus viñas, el macizo arquitectónico del santuario de Bel, el dios particular del país, se elevaba por encima de las casas de una planta y confirmaba que uno había cambiado de civilización, como lo hace un minarete para el occidental de hoy. Este templo de Bel, destruido hace poco, se erigía al final de una larguísima columnata que tranquilizaba por un momento al visitante, pues era una muestra de pertenencia a la «verdadera» civilización y, de hecho, la propia silueta del templo parecía tranquilizadora, pues era la de todos los santuarios del Imperio. También tranquilizaba por sus detalles, hablaba el vocabulario arquitectónico de rigor, el de las columnas; sus capiteles corintios tenían una forma conocida por el recién llegado y sus capiteles jónicos, que hacia el año 200 eran anticuados, solo eran más académicos.

Sin embargo, fijándose bien, el edificio asustaba, al descubrir que era el extraño santuario de un dios extranjero. La monumental entrada no se abría en la parte delantera, como hubiera sido lógico, sino que estaba situada de manera descabellada en uno de los largos lados. Arriba, el edificio estaba jalonado de almenas (cuaderno central, il. 4 y 5) como solo se veía en Oriente. Y tenía ventanas; un templo con ventanas, como las que tienen las casas de los humanos, era lo nunca visto. El colmo era que, en vez de tener el techo a dos aguas propio de todo santuario, éste estaba cubierto con una

terrazza, y las casas también. En esas regiones, subían a comer a las terrazas, se hacían banquetes, se rezaba a los dioses aun riesgo de caerse, como le ocurrió a un joven según los Hechos de los Apóstoles.

Decididamente, el extranjero ya había visto bastante y su sentido de la normalidad estaba alterado: en el Imperio romano, o más bien grecorromano, todo era uniforme: arquitectura, vivienda, lenguas escritas y escrituras, indumentaria, valores, autores clásicos y religiosidad, desde Escocia hasta el Rin, el Danubio, el Éufrates y el Sahara, al menos en la buena sociedad. Palmira era una ciudad, un lugar civilizado e incluso cultivado, pero peligrosamente cercano a la no civilización nómada y de *otra* civilización, la de Persia o más lejos aún. Y el extranjero empezó a generalizar: «Los sirios son una raza sucia, un *kakon genos*», como un militar romano o bizantino de destacamento grabó sobre una roca en un lugar muy transitado. El extranjero se equivocaba: Palmira no era una ciudad siria como las demás, de la misma manera que Venecia, en contacto con la civilización bizantina y con el turco, no fue toda Italia.

Capítulo 2

UNA ANTIGUA CIUDAD MONUMENTAL

Me propongo desempeñar aquí mi antiguo oficio de profesor de Historia, es decir, de guía de turismo en el tiempo.

En nuestros días, para ir a Palmira, hay cuatro horas de avión de París a Damasco, y después 200 kilómetros sobre una ruta pavimentada que sigue ostensiblemente el trazado de la ruta antigua; después de cuatro horas a través de un desierto de tierra seca y de guijarros, donde apenas crece una hierba rasa y marchita, la aparición del palmeral verde y de la columnata blanca, inmenso vestigio de un mundo extinguido, es una sorpresa de la que nunca te cansas. A su llegada, los numerosos turistas no descubren las «joyas perdidas de la antigua Palmira» que hicieron soñar a Baudelaire (no se ha encontrado casi ninguna joya), sino una pequeña localidad moderna con hoteles y restaurantes de todos los precios.

Cuando el visitante se gira de espaldas al pueblo, el horizonte se ve obstruido por un impresionante juego

de construcción derrumbado a medias (cuaderno central, il. 1): con los cubos y las columnas de caliza blanca (el mármol no se conoce en toda Siria), un gigante niño se divirtió edificando, en medio del desierto y del palmeral, 1,5 kilómetros de murallas monumentales y de columnatas formadas como para un desfile, rodeadas por todas partes por piezas caídas de la construcción. No parece que estemos contemplando ruinas, sino una ciudad en curso de demolición: aquí no hay ningún conglomerado informe de cemento romano (como ocurre en la propia Roma), tampoco bóvedas ni curvas, solo hay líneas horizontales y verticales. Arquitectura en piedra de sillería cuya lógica transparente satisface al espíritu: el visitante cree tener a la vista todos los elementos suficientes para reconstruir mentalmente lo que fue a partir de lo que ve; la estructura es lo mismo que la forma visible, el interior y el exterior son uno.

En el emplazamiento, tal como los arqueólogos lo dispusieron, no se ve ninguna construcción moderna; el tiempo se paró en él de una vez por todas. Lo que más impresiona al visitante contemporáneo es lo que ya impresionó al viajero antiguo: un gran santuario, hoy destruido por las bombas, y una larga columnata, esas «calles de Palmira, esos bosques de columnas en las planicies del desierto» con los que soñaba Hölderlin en su infancia. El comercio con el vasto mundo transfiguró este oasis arameo, del mismo modo que convertirá en una Venecia algunos islotes fangosos del Adriático. La columnata representaba el urbanismo de vanguardia y la vida cotidiana, el santuario de Bel era el San Marco de este puerto del desierto.

Este templo no era un refugio, un santuario, como

en Grecia y Roma; con sus ventanas, era el hogar en el que moraba Bel, cuyo ídolo ocupaba el sanctasanc-tórum. El edificio se elevaba en el centro de una parcela rectangular de más de 200 metros de lado; hacia el interior, en los cuatro lados, este recinto era un cuadrilátero de pórticos (llamémosles porches) sostenidos por columnas; hacia el exterior, había una muralla casi ciega que aislaba al templo (al igual que las admirables mezquitas de Estambul están separadas de la ciudad, dentro de su amplio patio). Ni este complejo ni sus dimensiones eran excepcionales: siempre que el espacio disponible lo permitía, la costumbre era que los templos estuvieran rodeados de este tipo de patios.

Estos porches no solo eran un ornamento o un refugio contra el sol: también ofrecían a los peregrinos un campamento indispensable. Los mercaderes vendían objetos piadosos que se consagraban al dios como exvotos y también, supongo, aves, que los bolsillos modestos podían ofrecer en sacrificio. En el muro del fondo, los peregrinos grababan en el yeso la prueba escrita de su piadosa visita al santuario, o sus agradecimientos al dios que había atendido a sus plegarias. Y sobre todo, el vasto recinto debía de llenarse el día de la fiesta anual del dios.

¿Quién financió este conjunto monumental? No lo sabemos. Hay tres respuestas posibles: los beneficios comerciales obtenidos en la ruta de la seda; la piedad de muchos peregrinos; la familia imperial romana. Algunos fieles acaudalados pudieron, por ejemplo, ofrecer cada uno de ellos una o dos columnas, según una práctica corriente en la época. Un emperador o un príncipe imperial pudo regalárselo a la ciudad con mo-

tivo de su anexión al Imperio. O bien el tesoro del propio santuario costeó los gastos: los dioses recibían dones y legados, y los sacerdotes tenían derecho a una parte de las víctimas sacrificiales, a las cuales revendían: los santuarios hacían la competencia a los carniceros; quizá el santuario era la meta de un peregrinaje regional que atraía a una multitud de fieles llegados de lejos; si era célebre en lugares muy distantes, pudo recibir a título de donaciones o legados muchas fincas cuyas rentas percibía. Quizá también el milagro no es tan grande como parece.

Solo el templo fue consagrado en el año 32 de nuestra era; el complejo y sus pórticos debieron construirse poco a poco, a lo largo de las décadas: muchos otros santuarios paganos o cristianos tardaron siglos en terminarse. El templo en sí no tenía nada de gigantesco. Sin duda, Siria no detestaba el gigantismo (era una de las provincias más ricas del Imperio, junto con Túnez y la Turquía asiática), y el templo que se visita multitudinariamente en Baalbek, en el Líbano, es uno de los más grandes del mundo antiguo. Pero las dimensiones de este de Palmira eran como las de los templos normales, como los de la Maison Carrée de Nimes o las del templo de Magnesia del Meandro, en Turquía, que también tiene ocho columnas en la fachada, quince en los lados, y que fue sufragado por esa pequeña ciudad.

En cuanto a la larga columnata (cuya calzada no estaba empedrada), atraviesa actualmente todo el yacimiento, desde el templo de Bel hasta las ruinas de las «termas de Diocleciano». Esta doble hilera de columnas (cuaderno central, il. 12 y 13) que apuntan hacia el cielo y que ya no sostienen nada solo llegó a alcanzar

toda su longitud con el transcurso de los siglos. El primer tramo que fue construido partía del gran templo y era una vía sagrada; cada año, en el equinoccio de primavera, una procesión acompañaba hasta algún santuario campestre una imagen de Bel, situada bajo un palio de cuero rojo portado por un camello; las mujeres contemplaban el paso de la procesión con su rostro y todo el cuerpo cubiertos de velos, ya fuera por respeto al dios o porque se encontraban en un lugar público. Los tramos posteriores de la columnata tuvieron una segunda función: estaban bordeados de tiendas que se abrían bajo los pórticos.

La columnata no era una vía de circulación; no nos imaginamos a las caravanas bajando por ellas; seguramente no entraban en la ciudad. En uno de sus tramos, la gran avenida era el zoco de Palmira, «el pórtico en el que se vende de todo», como se le llamaba, y el lugar en el que pasear. Un zoco de forma regular, geométrica, conforme a la racionalidad de una civilización avanzada, y que formaba un todo cerrado en sí mismo, un lugar al que se iba más que un lugar de paso. Es una utilización de los espacios públicos distinta de la nuestra.

Otro ejemplo: en cualquier ciudad antigua, grande o pequeña, la circulación de los vehículos privados y de personas a caballo estaba prohibida, solo los carros de transporte tenían derecho a circular; los particulares dejaban sus monturas y sus carruajes fuera de las murallas. En cambio, las calles solían estar abarrotadas por el paso de los rebaños que proporcionaban el aprovisionamiento de carne a la ciudad. Por último, cada mañana, muchos ciudadanos salían de la población y, por la tarde, se apresuraban a regresar antes de que se cerra-

sen las puertas de la muralla, pues habían pasado la jornada trabajando en el campo.

Lo más sensacional de la columnata es que fuera un monumento civil; por tanto, Palmira era una auténtica ciudad según la concepción grecorromana. Era una idea nueva en Siria, que solo conocía los edificios reales, religiosos o funerarios: murallas y puertas, templos, palacios, tumbas, y donde el gran urbanismo solo se generalizó en la época romana. Hay que explicar el éxito de esta moda de las columnatas. Probablemente fue Antioquía, la capital de Siria, la que tuvo la primera de estas avenidas con las calzadas empedradas, en las que se alineaban «centenares de columnas, todas del mismo diámetro, ornamento de cualquier insípida Rue de Rivoli» escribió Renan, a quien no le gustaban estas columnas ni tampoco Bonaparte.

En Siria, estas columnatas trazaban imperiosamente el eje de un futuro hábitat de cuadrícula geométrica; en Palmira, que se construyó poco a poco y sin plan director, esta larga hilera de columnas no ocupa una posición tan diametralmente imperiosa. Estas avenidas recibían el nombre de *plateia* o «vía ancha». Una de estas vías «anchas» fue la Via Lata de Roma, de dos kilómetros de longitud y rodeada de tiendas y pórticos; esta vía atravesaba la suntuosa mitad norte de la villa, llevaba al Forum y aún hoy en día sigue siendo el eje de Roma: es el Corso.

En Palmira, al igual que en Roma y en otros lugares, las columnas o pilastras de la avenida sostenían los pórticos y bajo estos porches se abrían las puertas que daban, todas ellas, a una tienda; en Palmira, sus muros de ladrillo se desintegraron con el tiempo, de-

jando solo en pie la espina dorsal que es la columnata. Algunas de estas tiendas servían de vivienda, otras eran locales comerciales compuestos de una sola habitación, como se podía ver hasta hace poco en el zoco de Damasco. Allí estaban los curtidores, los zapateros, los fabricantes de odres de cuero que expedían su producción hacia el Éufrates, donde servían para mantener a flote las balsas cargadas de mercancías (según una técnica inmemorial que fue adoptada hasta en el Ródano).

Además, por lo que hemos sabido, tenderos e inquilinos pagaban un alquiler a la ciudad o al tesoro del templo, propietarios del edificio. Si la tienda era la de un zapatero remendón que subsistía con sus ganancias diarias, ésta también le servía de alojamiento por la noche, imagino, como en Pompeya, Herculano e incluso, hace medio siglo, en la vieja Nápoles. Si era un orfebre —en Palmira había un gremio de orfebres y artesanos plateros— debía de tener una casa en la ciudad.

Además del mercado, una ciudad digna de tal nombre debía tener una plaza pública, un fórum, un ágora; Palmira tiene una (cuaderno central, il. 7), que está como elevada al principio, trazada a cordel, rodeada de cuatro pórticos y ornada con doscientas estatuas oficiales. Lo interesante sería saber algo que desconocemos: ¿el corazón de la ciudad latía en este edificio civil, como en las ciudades grecorromanas? ¿O bien la vida social transcurría en torno a una de las puertas de la muralla, como en las ciudades orientales desde hace tres mil años? En nuestros días, los turistas que van a Marrakech pueden verlo muy bien.

Pero ¿dónde estaba la ciudad propiamente dicha?

¿Dónde vivían sus habitantes? Parecemos olvidarlo, pues solo hablamos de monumentos. Se ha excavado el norte de la ciudad, donde las calles y las viviendas se alineaban mal que bien entre la Gran Columnata y el pueblo actual. Allí se ven los restos de algunas casas. Algunas de ellas son ricas mansiones, conformes al tipo de villa particular que se impuso en todo el Imperio, tanto en Éfeso como en Vaison-la-Romaine o en Pompeya: una vivienda de una sola planta que ocupaba varios cientos de metros cuadrados y a la que iluminaba un patio central rodeado de pórticos; los mosaicos adornaban, sin duda, las paredes y, en todo caso, los suelos, como este mosaico de Casiopea (cuaderno central, il. 11), con su bello desnudo exuberante de mirada patética, en la tradición humanista del arte griego.

Otras casas albergaban a una burguesía menos afortunada; su planta exterior era parecida, pero algunos detalles mostraban que la vida que se llevaba en ellas era diferente; dos puertas gemelas daban acceso a dos zonas separadas de la vivienda, una en la que los desconocidos eran admitidos y otra que estaba cerrada sobre sí misma y en la que habitaban las mujeres. Ricas o menos ricas, estas casas solo se abrían al exterior por escasas aberturas. Esto hacía que las calles se pareciesen a las de una vieja ciudad musulmana o a las de una ciudad grecorromana como Pompeya, donde, fuera de la ruta comercial, se transita entre dos murallas casi ciegas.

El plano de estos barrios al norte da la impresión de un trazado geométrico —de una cuadrícula—, aunque seguido sin rigor, con perpendiculares inexactas y un paralelismo aproximado; se adivina que las cons-

trucciones preexistentes,* templos y viviendas privadas, fueron después conectadas, mal que bien, por una red de calles. Claramente, estos barrios habían sido ocupados anteriormente por construcciones dispersas. ¿Se trataba de un campamento de nómadas sin un plan previo, en el que cada uno plantaba su tienda limitándose a permanecer a cierta distancia del vecino? ¿O tal vez la ciudad era cuadriculada como una ciudad norteamericana? Hacía más de medio siglo que las ciudades mediterráneas eran estrictamente geométricas; al menos desde el siglo iv, es el caso del barrio persa de Beirut. Este plan octogonal era el de las ciudades fundadas por los griegos y el de las que Roma implantaría en todas partes, de Bavay a Carpentras y hasta Timgad, en la frontera del Sahara. Una ciudad antigua como Atenas seducía a los turistas con sus calles tortuosas. Palmira se quería moderna; sin embargo, la civilización griega, en aquella época, se impuso a todos.

Palmira era extranjera por su pasado, su lengua aramea, su sociedad, su actividad caravanera y por muchas características de sus costumbres. En cambio, por el plano de sus casas, la arquitectura de sus monumentos y su nivel de vida, en resumen por el respeto que inspira la riqueza, Palmira no tenía nada que envidiar a la civilización mundial: los palmirenos no eran bárbaros ni querían serlo. Aunque en Siria, cuanto más im-

* Nuevas excavaciones, que se prosiguieron hasta 2011, nos dieron más información sobre el hábitat palmireno. Véase Andrew M. Smith II, *Roman Palmyra: Identity Community, and State Formation*, Oxford, 2013, págs. 86-87.

portante es un edificio, más helenizado está. No se concebía otra arquitectura que la griega.

La población de todo el territorio palmireno debía sumar solamente algunas decenas de miles de habitantes; los demás palmirenos vivían dispersos en el vasto territorio rural que pertenecía a la ciudad. Digamos que, en aquella época, la península italiana solo contaba con seis millones de habitantes. Considerando que una sociedad solo puede sobrevivir si las tres cuartas partes de sus miembros trabajan la tierra para alimentarlos a todos, las aglomeraciones urbanas más grandes raramente alcanzaban los 150.000 habitantes, como la rica Venecia en el siglo xvi. Una aglomeración monstruosa como la de la Roma antigua (entre 500.000 habitantes y el doble) era la excepción, así como en el siglo xviii lo fueron otras capitales como Londres y Edo (el futuro Tokio) con millones de habitantes, Estambul o París.

Una ciudad antigua constituía una unidad administrativa y económica con su territorio, del cual era, por así decir, la capital, y cuya superficie se aproximaba más a la de un departamento francés que a uno de nuestros ayuntamientos. En Palmira, una larga inscripción bilingüe, llamada la *Tarifa*, nos enseña que a la entrada de la ciudad un fielato establecía una tasa sobre las mercancías importadas «de fuera de las fronteras» de la ciudad, que incluía a los esclavos, cortesanas y perfumes, aunque por las provisiones procedentes de las «aldeas» del territorio no había que pagar nada. Sin embargo, el precio del agua era desorbitado, y para regar utilizando las fuentes del oasis había que pagar una tasa anual considerable.